

minutas que yo extendia en la tertulia del infante, pasaban muy bien recomendadas á manos de quien sabia despacharlas con gran primor, no habia candidato que no cuajase, ni ahijado mio que no se viese en camino de papa ó senescal desde que yo le tomaba por mi cuenta. Así es que llovian las peticiones. Las cartas entraban en mi casa por almudes, no siempre solas, en verdad, sino á menudo acompañadas del bocadito, de la caja de cigarros, del tarro de dulce. Siempre que iba á mi vivienda encontrábala tan atestada de hambrones menudos, como portería de convento en tiempos de miseria.

Yo procuraba quitarme de encima tanto gorrón holgazán que, cual enjambre de langosta, caía ó anhelaba caer sobre la Real Hacienda; pero son los pretendientes como las moscas, que cuanto más las sacuden más se pegan. A muchos coloqué; pero como el frecuente ir y venir de oficina en oficina me obligaba á gastar mucho tiempo y no pocos zapatos, discurrí que era preciso hacer que los interesados me indemnizaran módicamente de aquellas pérdidas.

Cuando se me presentaba alguno en cuya facha conocia yo que era hombre de posibles, mayormente si venia de provincias con cierto cascarrón de inocencia, le recibia cordialmente,

nos encerrábamos, conferenciábamos á solas, le persuadía de la necesidad de tapar la boca á la gente menuda de las oficinas, conveníamos en la cantidad que me habia de dar, y si se brindaba rumbosamente á ello, cogia su destino. Siempre era una friolera, obra de diez, doce ó veinte mil reales lo que cerraba el contrato, menos cuando se trataba de una canongía, pension sobre encomienda ú otro terron apetitoso, en cuyo caso habia que remontarse á cifras más excelsas. Si nos arreglábamos, se depositaba la cantidad en casa de un comerciante que estaba en el ajo, y despues yo me entendia con los superiores, si no me era posible despachar el negocio por mi propia cuenta.

Asunto era este delicadísimo y que exigia grandes precauciones. Por no tomarlas y fiarse de personas indiscretas, no dotadas de aquella fina agudeza á pocos concedida, cayó desde la altura de su poltrona á la ignominia de un calabozo un célebre ministro de Gracia y Justicia (\*).

---

(\*) Macanáz.

## VII

Con estas y otras artimañas iba yo *viento en popa* como diría el infante. Era tan considerable el número de mis amigos, que no acertaba á contarlos.

Seguia en buenas relaciones con mi antiguo protector D. Buenaventura, pero ni éste se atrevia á ocuparme en viles menesteres, ni yo lo habria consentido. Despachábamos juntos y mano á mano algunos asuntos delicados, tocantes al Real Consejo, porque ha de saberse que el D. Ventura, desde que cuajara el despotismo y se restableciera el régimen antiguo, alcanzó la plaza de camarista, por la cual tenia antojos el pobrecito señor desde su mocedad, ó casi desde el vientre materno. ¡Oh! ¡Ningun arrimo se puede comparar al arrimo del Real Consejo y Cámara! Daba gana de dormir en aquellos sillones, bajo aquellos techos eminentes, en medio de aquella paz, de aquel reposo, de aquella estabilidad inalterable, de aquella majestuosa petrificación de los siglos, de aquel silencio, sólo turbado por los estornudós de algun camarista y el ruido de los

viejos, polvorosos y amarillos fólíos cuando la flaca, la rapante mano del escribano los volvía. Era una tumba para el mundo, y un paraíso para los que estaban dentro... Para el reino la muerte, para los privilegiados dulce y reposada vida.

—«No hay institucion más sábia que esta del Consejo,—me decia D. Buenaventura, con aquel entusiasmo que ponía siempre en sus palabras, al hablar de las cosas venerandas, sublimadas por los siglos.—Eso de que no pueda moverse un dedo en todo el reino sin que nosotros entendamos de ello, es admirable para el buen concierto de las Españas y sus Indias. Nuestra sala de Alcaldes es un primor. Con ser tan pequeña todo lo abraza. Sin que ella lo autorice no puede el español sacar un pececillo de las aguas de un río, ni vender una libra de uvas, ni echar la sal al puchero. Todo lo pequeño está en nuestras manos, lo mismo que lo grande. Sin nuestro permiso el reino no puede sublevarse ni tampoco rascarse. No puede hacer revoluciones, ni cambiar de dinastía, ni reunir córtes, ni establecer formas de gobierno, ni tampoco ir á los toros, ni cazar con huron, ni tener un desahoguillo mujerial, ni escupir, ni toser.

«Somos una máquina admirable que con

sus grandes palancas aporrea el mundo y con sus dientecillos roe lo que encuentra. Aquí todo se convierte en polilla. Nada se nos escapa, y el vasallo de Fernando VII tiene que venir aquí para que le digamos donde tiene las manos.—¡Ay de aquel que se atreva á alterar la dulce armonía en la cual vive la nacion, regocijándose en sí misma y mirándose en el espejo de su estabilidad secular, como Narciso en la fuente! Si alguna cabeza hueca concibe proyectos de aparente utilidad para desviar el suave curso de la española vida, bien alterando las leyes del comercio, bien las de la fabricacion, ora los impuestos, ora la agricultura, nosotros acudimos solícitos allí donde prendió el incendio de la reforma y procuramos apagarlo, apoderándonos del proyecto ó solicitud ó requisitoria ó informe ó memorandum para ponerle encima una losa de papel, bajo la cual se queda criando musgo, si nó gusanos, por los siglos de los siglos.

„En suma, es nuestra mision sostener en las esferas todas del país el estado de sabrosísimo sueño que constituye su felicidad desde que renunció á las conquistas. Nosotros arrullamos esta inmensa cuna, cantando el *ro-ro*; y si por acaso en la agitacion de su placentero dormir saca una mano, se la metemos entre las sá-

banas; si pronuncia alguna palabra, le tapamos la boca; si suspira, le rociamos con agua bendita; si se mueve ¡ay! si se mueve, nos asustamos mucho porque creemos que va á despertar... Pero ahora tenemos tranquilidad para un rato, amigo mio: el turbulento niño duerme; todo es calma, todo es silencio, todo es paz, y apenas oimos el rugido del descontento en el fondo de este gran pecho, que suavemente se alza y se deprime con el reposado aliento de la satisfaccion.

Así dijo. Concluia de comer, y levantándose, añadió:

—Adios, Pipaon, me voy al Consejo á dormir la siesta.

La pintura de aquella alta institucion narcótico-nacional despertaba más en mí el deseo de afincarme en ella, como quien dice, proporcionándome una plaza de camarista, que era la mejor almohada del mundo para reposar una cabeza cargada de años y de trabajos. Contrariábame mi juventud y la poca duracion de mis servicios, si bien es verdad que para cubrir una vacante en aquellos tiempos no habia los ridículos escrúpulos y reparos de antaño. Ya no se andaba buscando con candil, como en los dias de Jovellanos y Campomanes, un vejete sabihondo para endilgarle la cédula de nombra-

miento, sin más méritos que haber escrito veinte mil informes indigestos. Godoy echó por tierra estos abusos, llevando á la Cámara á quien le dió la gana, sin distincion de talentos reales ó postizos; y en mi época esta tolerancia habia llegado á su colmo, siendo evidente que desde la entrada de D. Antonio Moreno en el Consejo de Hacienda, todos los peluqueros de Madrid se vieron ya con un pié dentro de la Sala.

Esto me daba alientos, y no me acostaba ninguna noche sin pensar, al persignarme, en las dulzuras de la anhelada canongía del Consejo. Crecia mi favor como la espuma, y á los comienzos de 1815 pude pasar del cuarto del príncipe al del Rey, que era el Olimpo de la cortesanía, y trabar comercio más íntimo con personajes del mayor prestigio y que, al decir de las gentes, traian en los cinco dedos de su mano toda la grandeza del reino, del cual eran árbitros, sin dar de ello cuenta á Dios ni al diablo.

Impulsóme por estos excelsos caminos la amistad que en Octubre de 1814 contraí con un hombre que en aquella época comenzaba á ser poderoso, y despues lo fué en tan alto grado, que siendo su nombre D. Antonio Ugarte, el vulgo le llamaba *Antonio I*, para

significar un poder, grandeza y predominio que al del mismo monarca se igualaba.

¿Y quién era ese Ugarte, quién era ese hombre poderoso, que por algun tiempo dispuso del Tesoro de la nacion, y tuvo á sus piés á todas las eminencias civiles y militares, y dió que hablar dentro y fuera de España casi tanto como Godoy en el reinado de Cárlos IV?—Pues era simplemente un maestro de baile.

Hombre tan insigne merece capítulo aparte.

## VIII

En los últimos años del siglo anterior, Ugarte habia venido de Vizcaya á los 15 de su edad. Méenos afortunado que yo y con méenos recursos, tuvo que ponerse á servir de mozo de sportilla en casa del señor Consejero de Hacienda, D. Juan José Eulate y Santa, donde se dió tan buena maña y mostró tanto ingenio, que bien pronto, gracias á una buena letra y singular destreza en la aritmética, hicieronle amanuense de la casa. Habiendo nacido Antoñuelo para grandes empresas, no quiso su destino que se prolongase por mucho tiempo la oscuridad de aquella vida, y ved aquí que una

aventurilla doméstica, en la cual apareció demasiado listo, le obligó á separarse del Sr. Eulate. El mancebo vizcaino, viéndose sin arrimo, pasó revista á todas las artes y ciencias, y discurrendo cuál de ellas tomaria por instrumento de la gran ambicion que en su noble pecho abrigaba, adoptó la coreografía. Ya le tenemos de maestro de baile, ó como si dijéramos, con ambos piés dentro de la esfera de la fortuna, que en aquellos tiempos solia favorecer á la gente danzante.

Era Ugarte de hermosa presencia, agraciado, vivaracho, ingeniosísimo en las frases, saludos y cumplidos, y extremadamente listo, con el más claro ojo del mundo para conocer á las personas y captarse su simpatía y buena voluntad. Vestia con toda la elegancia que sus mermados emolumentos le permitian; conocia á fondo el *ars umbelaria*, que era el modo de ponerse el sombrero, y el *ars incedaria*, que era lo que modernamente y con más llaneza llamamos el *modo de andar*. No sólo daba lecciones de baile, sino que las daba tambien de *zorongo*, es decir, enseñaba á los jóvenes á hacer con la mayor elegancia posible el gesto de afectadísima urbanidad conocido con este nombre.

A pesar de tan supinos talentos, Ugarte no

salía de su pobreza, que entónces acompañaba, como el lazarillo al ciego, á las más nobles artes de la cabeza ó de los piés. Pero quiso el cielo que se prendase del bailante vizcaino una dama burgalesa (cuyo nombre no hace al caso), la cual vivía en la Costanilla de Capuchinos de la Paciencia. Desde entónces todo cambió. Baste decir que Godoy gobernaba á España y sus Indias. Para medrar, Antoñuelo que tanto había movido los piés, no necesitó más que el apoyo de una blanca mano. Sintióse con un gran caudal de iniciativa y de recursos de ingenio, resolvió no meterse entre las telarañas de las covachuelas, y se hizo agente de negocios de Indias, de los Cinco Gremios y de la dirección de Rentas. ¡Colosal mina! Antoñuelo tenía talento en la cabeza, y dedos en las manos.

Por lo que yo hice con mediano ingenio en tiempos posteriores, y ya muy explotados, júzguese lo que haría Ugarte con más génio para los negocios que Nelson para la Marina, y en tiempos tan primitivos y virginales, que bastaba alargar la mano para coger el sustento de hoy... y el de mañana.—La Providencia divina, que en lo de mimar á Ugarte era una madre débil y complaciente, le puso entónces en relaciones con el baron Strogonoff, embajador de Rusia, el cual encargó á nuestro ex-bailarin

el desempeño de diversos asuntillos. Hízolo á pedir de boca, quedando el moscovita tan complacido, que se fué para las Rusias en 1808, y dejó á cargo de Ugarte todos sus intereses.

Durante la guerra, D. Antonio no se movió de Madrid. Firme en su agencia, servia á españoles y franceses, sin malquistarse jamás con unos ni con otros, que este es privilegio de ciertos hombres sutilísimos. Ni los franceses le molestaron en 1812, aunque encubiertamente favorecia á los nacionales, ni en 1814 le persiguieron por afrancesado los españoles de la restauracion. Con todo el mundo tenia buenas relaciones; para todo se echaba mano de Ugarte. Murat y José, lo mismo que los regentes de Cádiz, el cardenal de la Scala lo mismo que Fernando, el *botellesco* Cabarrús igualmente que el leal Eguía, le consideraban y atendian. Se habia hecho superior á los partidos, y á todos servia. Habia tenido hasta entónces el singular talento de no funcionar dentro de la jurisdiccion de las pasiones políticas, reservándose la esfera interior de los negocios. Mientras arriba los bobos andaban al pelo por la soberanía del pueblo y los derechos del trono, él resbalaba abajo ingiriéndose en los intereses públicos y particulares... No era nada; no era más que agente.

Aquí hemos visto muchos hombres, de esta clase; pero el maestro, el patriarca, el Adán de estos bien aventurados camaleones, fué, sin duda alguna, Antonio I, agente de todo lo agenciabile.

Por éntonces empezó la gran influencia de los rusos en la córte de España, aunque todavía no habian aparecido por las ventas de Alcorcon. Concluida la guerra vino acá el célebre Tattischief (á quien daré á conocer más adelante), el cual por su antecesor tenia ya noticias de las sutilezas de nuestro agente. Se hicieron tan amigos, que ambos salian de paseo, dándose el brazo, confundiéndose los bailarinescos antecedentes del uno con la noble prosapia del otro, para regocijo de la democracia que ya empezaba á invadirlo todo. El ruso, que era emprendedorcillo, como se verá en lo sucesivo y no habia venido á Madrid á coger moscas, encontró su mano derecha en Ugarte, y este halló en el ruso un admirable espantajo que le sirviese de pantalla en la córte. Llevó Tattischief á Antonio I á la tertulia de Fernando, hizole conocer á éste las altas dotes del antiguo maestro de *zorongo*, y no fué preciso más. La agencia de Ugarte se extendió; puso una mano en el corazon de la monarquía, y extendió la otra á los últimos confines de ella en Europa y

en América. Un solo mundo no le bastaba.

Por aquella época (repito que al concluir 1814) nos hicimos amigos. Habíame ocupado D. Antonio en diversos menesteres de mi incumbencia, los cuales desempeñé tan bien, que se me confirieron secretos importantes y fuí asociado á empresas de mayor cuantía. Nos comprendimos, encajamos el uno en el otro como el pié en el zapato; él conociéndome y yo conociéndole, habíamos hecho la principal conquista de nuestra vida.

Y aquí levanto la mano del bosquejo de este hombre, porque sus principales hechos no han ocurrido aun en los dias á que me refiero. Ellos irán saliendo poco á poco, y le pintarán por completo en todas sus fases, siendo tan solo mi propósito ahora trazar una leve figura lineal, que por sí irá vistiéndose de colorido con la misma luz de los próximos sucesos. Cuando yo conocí á D. Antonio, empezaba el gran poder de aquel hombre, arbitrista, asentista, *factotum*; de aquel agente universal, que resolvió, en connivencia secreta con el Rey, graves negocios de Estado; que tramó revoluciones y mudanzas, celebró tratados y manejó la Hacienda pública sin responsabilidad; organizó ejércitos y compró buques; todo esto sin intervencion ninguna de los vanos

ministros, y obrando casi siempre á espaldas del llamado gobierno.

La figura de mi D. Antonio no revelaba entónces su antiguo oficio de maestro danzante, ni tenia la ligereza que arte de tantos vuelos exigia: era bastante obeso y de procerosa estatura, rostro de satisfaccion, doble barba con mucha enjundia, ojos muy movibles y una sonrisa más bien esculpida que pintada en su rostro, por la fijeza de ella y por lo que acompañaba á todas sus palabras. Ponia semblante afectuoso á chicos y á grandes, y con todos aparecia obsequioso y servicial, aunque despues nó lo fuese. Tenia suma destreza para resolver en todo; respondia siempre á medida. sin decir ni más ni ménos de lo necesario; disimulaba sus proyectos con una discrecion excelsa, á prueba de ajena perspicacia; jamás emitia ideas exageradas, sino, por el contrario, era juicioso, y en sus conversaciones sobre fútil política, siempre daba la razon á su interlocutor; hablaba con veneracion del Rey, guardando prudente silencio sobre la dominacion francesa, y no insultaba jamás á los vencidos, sin duda por la consideracion de que podian ser vencedores. Cuando nombraba á alguno de los personajes desterrados ó presos, decia *mi desgraciado amigo* Fulano de Tal, y á todos los hombres de

viso que entónces privaban, les zahumaba con muchos elogios en presencia y ausencia.

Delante de los tontos decia afectadamente tonterías, y delante de los sábios sabidurías, y jamás hablaba mal de nadie, aunque estuviese en Melilla ó Ceuta. Era religioso y cuchicheaba con frailes y monjas; pero nunca le ví abogar celosamente por la Inquisicion, ni dió al fuego sus libros filosóficos y enciclopedistas, pues los tenia buenos. Se lamentaba de que los revolucionarios fueran tan malos; pero en más de una ocasion le sorprendí en secreto con ciertos pajarracos que á cien leguas me olian al musguillo húmedo de las lógias y á sociedad secreta; en fin, era hombre tan completo, que difícilmente se encontraria otro ejemplar, ni quien, como él, estuviese siempre en la justa medida, atento á su beneficio y realizando las supremas leyes de la vida con tal arte, que el Criador del mundo habria de estar muy satisfecho por haber criado á Ugarte. Sin duda despues que lo echó al mundo, vió que era bueno.

Este y Ostolaza, fueron los dos arcángeles que tiraron (permítaseme la figura) del carro celestial de mi encumbramiento. Si uno me introdujo en el cuarto del infante, llevóme el otro al del Rey. Muchas y no despreciables

cosas tengo que contar de mis conexiones con los primeros cortesanos de la época; pero ántes de llegar al lugar sagrado, se me permitirá que me ocupe de otras menudencias, que no por serlo, dejan de ser indispensables para el conocimiento de lo que vendrá despues, y de cierto asunto que por mi propia cuenta emprendí. Como aquí entran personas de ménos copete y algunas madamitas, tambien abro capítulo aparte.

## IX

A casa de las de Porreño iba yo á menudo, y constantemente desde que se apareció en aquellos tristes salones cierta condesa de Rumbler, acompañada de un lindo femenil pimpollo, nombrado Presentacioncita, la cual era un conjunto de gracias, seducciones y monerías de imposible descripcion. Tenia tal garabato para burlarse de Ostolaza y de mí, elogiándonos en apariencia, que ni él ni yo sabíamos enfadarnos para salvar la dignidad. Nos zaheria muy zandungueramente, y por mí parte me mostraba de gusto. La luz chispeante de sus ojitos negro como la noche, deslumbraba los míos, y se me



entraba y esparcía por todo el cuerpo, escarbándome el corazón. Cuando reía, figurábasele á uno tener delante un coro de angelitos insolentes jugueteando de nube en nube; cuando se ponía seria, era preciso estar en guardia, porque de fijo estaba tramando alguna ingeniosa picardía. Su gravedad era una máscara detrás de la cual se fraguaban hipócritamente todas las alevnes conspiraciones contra nuestras casacas, contra nuestras chupas y también contra nuestras pobres carnes.

Temblábamos ante ella y por mi parte me derretía de gozo cuando mi cara se bañaba en su aliento durante una partida de mediator. Moralmente hablando, nos pellizcaba sin cesar, pues no podían ser otra cosa sus punzantes bur-las. Digo punzantes, porque en cierta ocasión clavó en los sillones donde Ostolaza y yo nos sentábamos, algunos alfileres tan soberanamente dispuestos, que mi buen amigo y yo vimos sin ser astrólogos, todo el sistema planetario. Otra vez cosió mis faldones á un infame aparato, que moviéndose echó por tierra la cesta de la costura donde doña Paz tenía mil distintas suertes de labores, ovillos, canutillos, lien-zos, de tal modo, que levantarme yo y venir el mujerial aparato al suelo, fué todo uno. A veces inventaba un juego de acertijo, en el cual habia

un plato artificiosamente ahumado, que nos aplicábamos á la cara para saber el secreto, y puesta la sala á oscuras, resultaba despues que aparecíamos Ostolaza y yo con la cara tiznada, de lo cual se holgaban y reian mucho los concurrentes. Frecuentemente recibia yo cartitas y recados de monjas mandándome llamar, y luego salíamos con que era mentira. Y no digo nada de aquella graciosísima invencion que consistia en darme un dulce, y cuando yo todo almibarado de gozo me lo metia en la boca, resultaba más amargo que la misma hiel.

¡Ay! en aquellas tertulias habia verdadero entretenimiento; se divertia uno con la más rigurosa honestidad, sin propasarse jamás á cosas mayores, y aunque se padecia un poco del mal de Tántalo, como teníamos el juego de la gallina ciega, siempre habia algun yo y tu casual entre tapices, y se podia coger al vuelo un par de blancas manos, algun torneado brazo, ú otra cualquier obra admirable del Criador. Daba la maldita casualidad de que siempre que se estaba rezando el rosario, sonaba é dentro descomunal y pavoroso ruido, y á oscuras ó con un candilejo era preciso ir á ver lo qué era, no faltando damas valerosas que le acompañasen á uno por los solitarios corredores. Por supuesto, al fin venia á resultar que aquellos

espantables ruidos eran obra del gato, haciendo de las suyas en la cocina

Con estos y otros inocentes placeres, se pasaban dos ó tres horas de la noche sin sentirlo.

Una noche noté que Presentacioncita no nos dió bromas ni á Ostolaza ni á mí. No dió importancia á aquel suceso. A la noche siguiente no fué á la tertulia y se dijo que estaba enferma: pero apareció tres noches despues bastante desmejorada y muy triste, lo cual me sorprendió mucho, y observé. Observé su semblante, su mirar, qué conversaciones preferia, á cuales palabras prestaba más atencion. Observé sus suspiros y la distraccion honda en que comunmente estaba, deduciendo de todo, que Presentacioncita tenia un gran pesar sobre su alma.

Pero lo más extraño fué que la graciosa niña no sólo se abstenia por completo de toda burla mordaz conmigo, sino que me trataba con inusitadas consideraciones, fijando en mí los ojos, cual si quisiese leer mis pensamientos y por ellos adivinar mis deseos, para satisfacerlos.

Atendia al juego, alegrándose mucho cuando yo ganaba, y demostrándome en sus ojos profunda pena si la suerte no me era propicia. Al retirarme me miró mucho, preguntándome con vivísimo interés si faltaria á la tertulia de la noche siguiente.

Acostéme y no dormí. Los dos ojos de Presentacion fulguraban en la oscuridad de mi alcoba como estrellas en el negro cielo. Pero yo no soy hombre que pierde el tino por afán de ideales amores, ni en mi vida he experimentado el embrutecimiento de que hablan los poetas, dolencia comun á cabezas hueras y á gente vagabunda. Reíme, pues, de aquello, y vino el día y tras él otra noche. Parecióme al entrar en la tertulia que con mi vista se disipaba la tristeza de Presentacioncita, como con la presencia del sol huyen las nieblas que oscurecen y enfrian la tierra. ¡A qué negarlo? yo estaba inflado de orgullo.

Conocí que deseaba hablarme, y por mi parte sentia ardiente anhelo de decirle un par de palabritas al oido, sin que lo viera mi señora la condesa. Ofreciósenos á entrambos ocasion propicia cuando los demás hablaban ardentemente de la caída de Macanáz. Presentacioncita me dijo con la mayor zozobra:

—Sr. de Pipaon, tengo que hablar con usted.

—Y yo tambien, señora doña Presentacioncita, tengo que...—repuse sin poder encontrar una fórmula de madrigal.

—Pero mucho, mucho—añadió ella, poniéndose más encarnada que un cardenal.

—¿Mucho?

—Tengo... tengo que confiar á Vd...

—Sí, yo tambien...

—Un gran pesar.

—¿Pesar?

—Sí, una gran pesadumbre, y espero...

—Yo tambien espero...

—Espero que Vd. me hará el favor que he de pedirle... Vd., sí, me han dicho que sólo usted...

Yo estaba confundido y nada contesté.

—Mañana, Sr. de Pipaon...—dijo disimulando todo lo posible su inquietud;—mañana...

—Mañana, ó cuando Vd. quiera...

—Venga Vd. aquí. Estaremos solas doña Salomé y yo. Mi madre, doña Paz y doña Paulita van á visitar á las monjas de Chamartin. Yo he dicho que vendré á ayudar á doña Salomé en una labor que trae entre manos.

Al siguiente dia á la hora marcada acudí presuroso á la cita, poniéndome de veinticinco alfileres. Retiróse la de Porreño cuando yo entré, y Presentacioncita no esperó á que me sentara para decir:

—Sr. de Pipaon, en Vd. confió, en su mucha bondad y cortesanía. Se trata de una obra de caridad.

—¿Una obra de caridad!... para eso!...—exclamé desconcertado.

—Se lo agradeceré á Vd. toda mi vida, toda mi vida,—dijo ella cruzando las manos y clavando en mí hechiceras miradas.

Empecé á sospechar si seria aquella una refinada burla, con gran arte preparada.

—Veamos: ¿qué obra de caridad es esa?—pregunté tan inquieto y sobrecogido, cual si sintiera en el asiento de la silla los alfileres de marras.

Presentacioncita fijó los ojos en el suelo, y doblando y desdoblando la punta del pañuelo, dijo:

—Yo tengo...

—Vamos, acabe Vd.

—Me cuesta mucho trabajo, Sr. de Pipaon; pero no tengo otro remedio que decírselo á Vd.

—Pues oigo. ¿Tiene Vd?...

—Vergüenza.

—¿Es algun pecado?

—Pecado no.

—Entónces es amor.

Presentacion respiró cual si la quitaran de encima un gran peso.

—Eso es. Cuesta mucho decirlo... Gracias, Sr. D. Juan. Me ha adivinado Vd. Bien dicen que otro de más ingenio no lo hay bajo el sol.

—¿Y quién es ese dichoso jóven?—pregunté